

INTERVENCIÓN DEL P. BERNARD DE SOOS A PROPOSITO DEL TEMA “FORMACIÓN PERMANENTE”

1. La primera formación recibida en el noviciado y en el escolasticado, da al joven monje una primera visión global de las realidades de la fe. Pero debe darle también un instrumento de trabajo, un método personal de estudio para toda su vida.
2. La formación permanente se hará alrededor de un eje que es la dirección, el objetivo del monje. El monje no estudia para convertirse ni en un sabio, ni en un profesor, ni en un predicador. Estudia para desarrollar su relación con Dios y responder a la expectativa de su Dios. Esto implica una opción: no se puede aprender todo. El monje elegirá sus estudios en función de su objetivo, y renunciará a lo que no está en la dirección de la finalidad elegida. Tiene en esto una ocasión casi permanente de austeridad y de renuncia; sacrificio cuyo precio ve Dios y cuyo valor aprecia, porque se hacen por Él; sacrificio que dará su fruto, a su tiempo, al ciento por uno.
3. El medio que propone san Benito para asegurar la formación permanente del monje es sobre todo la “lectio divina”; sin duda ocupa un lugar privilegiado. La *lectio* no es una lectura para descansar, ni para estudiar ni para preparar una enseñanza. Es una lectura gratuita, sin otra finalidad que la de permitir el encuentro y la escucha del Amado. Es una lectura más bien lenta, con continuas detenciones para repetir, saborear; oración cuya palabra percibe el corazón, como si hubiera sido dicha para él. De este modo, el conocimiento se convierte en sabiduría y el alma gusta a su Dios.
4. Este medio termina con la memorización. Al corazón que ha saboreado, le gusta repetir y retener la palabra de luz y de consuelo. Esta palabra memorizada volverá sola a la superficie del corazón a lo largo de los días... o de las noches. Es una de las fuentes de la oración del corazón.
5. El fruto de esta formación permanente –cuyo pedagogo es el Espíritu Santo– es la calidad de la relación entre Dios y el alma, relación cada vez más continua e íntima. Entonces el monje ha alcanzado su objetivo. A veces podrá recibir luces de Dios sobre los acontecimientos, sobre los hombres y, sobre todo, sobre el misterio de la salvación.

¿No es esto lo que esperan del monje los jóvenes de hoy y el mundo que nos rodea?

Por eso, la Iglesia entera, desde los obispos hasta los fieles más pequeños y humildes, se siente llamada a vivir la última fase de este siglo XX de la redención con un renovado y profundo **Espíritu de Adviento**, que la prepare para el tercer milenio ya cercano, con los mismos sentimientos con los que la Virgen María esperaba el nacimiento del Señor en la humildad de nuestra naturaleza humana. Como María ha precedido a la Iglesia en la fe y en el amor en el alba de la era de la redención, así la preceda hoy mientras, en este Jubileo, se prepara hacia el nuevo milenio de la redención. (“Abrid las puertas al Redentor” – Bula de Juan Pablo II de convocación del Jubileo para el 1950 aniversario de la Redención).

